

prisiones fueron trasladados á la Conserjería. Eran veinticinco. Entre ellos contábanse Chaumette y Gobel, aquel antiguo obispo constitucional de París, que á instigación de Clootz había ido á abdicar sus funciones ante la Convención. ¡Cómo se entendía la justicia! Pedíanse las cabezas de Chaumette y de Gobel, ajenos completamente al proyecto de insurrección de Hebert y de Ronsin, y no se persiguió al horrible Carrier, que se había metido hasta el cuello en la conjuración, pero á quien protegían Collot y Billaud. Figuraban también entre los veinticinco el bravo general Veissen, uno de los defensores de Nantes contra los vendeanos, Arturo Dillon, Grammont-Roselli, que había insultado á Antonieta en el acto de ir al cadalso, el cirujano Beyssier, y dos infelices viudas, la de Hebert y la de Camilo. Irónica promiscuidad de la acusación y de la muerte. La *Jacobita* del *Tío Duchesne* y la *Lucilita* de Camilo, acusadas juntas y amenazadas del mismo peligro. Sentábanse á menudo sobre la misma piedra, en el patio de la Conserjería, dice Riuffe, y juntas lloraban.

Todas estas personas fueron enviadas al Tribunal revolucionario, como culpables de haber conspirado contra la seguridad del pueblo y haber tramado degollar á la Convención nacional. ¡Degollar á los convencionales! ¿Podía Lucila pensar en semejante dislate? Fouquier-Tinville fué todavía más lejos en lo odioso y en lo absurdo: acusó á Dillon, Lambert, Simond y la viuda de Desmoulins, de haberse propuesto «colocar en el trono de Francia al hijo de Luis XVI». ¡Pensar Lucila en volver al trono al delfín! Lo que Lucila quería era ver á su Camilo, salvarle si podía, y reunírsele en la muerte si sus esfuerzos eran vanos. La desgraciada mujer no había recibido aquellas cartas elocuentes, conmovedoras y sublimes que desde el fondo de la cárcel le dirigiera su marido como el postrero adiós; no había podido besar aquel papel bañado en lágrimas de su amado, y por esto deseaba con ardor febril—el de los mártires ávidos del tormento—el suplicio, que había de devolverle al compañero perdido. Delante de los jueces estuvo resuelta, intrépida, sin dejar de ser mujer: negó que el general Dillon la hubiese escrito y enviado tres mil libras para promover un levantamiento contra la Convención. «A lo menos, preguntó á Dillon el presidente Dumas, no negaréis haber encendido el fuego de la rebelión en las prisiones».—«He dicho, respondió el exgeneral, que si las jornadas del mes de Septiembre se repitiesen en las cárceles, sería deber del hombre valeroso defender sus días y pedir ser oído y juzgado antes de dejarse inmolar.» Este era, en efecto, todo el crimen de los acusados, habían procurado disputar al verdugo su existencia ó la de las personas que les eran queridas.

Ni de esto era culpable Lucila; éralo solamente de desesperación y de amor. No había conspirado; había dado vueltas alrededor de la cárcel como el pájaro en torno del nido; había llamado á Camilo, habíale enviado de lejos miradas, gestos, acciones, en las que hubiese querido verter toda su pasión. Esto bastó para perderla. Fué condenada á muerte,

con otros diez y ocho acusados, después de tres días de debates. Tranquila, indiferente durante el proceso, con una mirada que parecía ver más allá del salón, Lucila, al oír la sentencia de muerte, levantó la cabeza y exclamó:—«¡Oh, dichal dentro de pocas horas volveré á ver á mi Camilo», y fijando en los jueces aquella mirada leal, añadió:—«Al dejar esta tierra, á la que ya no me liga lo que amaba, soy menos digna de compasión que vos otros, porque hasta vuestra muerte, que será infame, guardaréis el remordimiento de lo que habeis hecho!»

Al conocer la sentencia, madama Duplessis, madre de Lucila, escribió á Robespierre: «No te basta con haber asesinado á tu mejor amigo; quieres todavía la sangre de su mujer. Tú monstruo de Fouquier-Tinville acaba de dar la orden de llevarla al cadalso; ¡dos horas más, y ya no existirá!» Y le recordaba á continuación su antigua intimidad con Camilo; le recordaba que había sido testigo de éste cuando su matrimonio, que había tenido tantas veces sobre sus rodillas al niño de Camilo y de Lucila. «¡Si te acuerdas, perdona á una víctima inocente; si no... ven á prendernos también, á su hijo y á mi, y á desgarrarnos con tus manos calientes aún con la sangre de tu amigo!» Robespierre quedó mudo. El zorro nunca se comprometía impidiendo actos que sin duda le horrorizaban, y no por cobardía,—se vió bien á su muerte—sino porque no quería arriesgar por ningún precio la posición dominante en la que se creía necesario.

¡Quién había de decir que la mujer del trágico heredero de Marat y la del promovedor del *Comité de Clemencia* habían de ser ejecutadas á la misma hora! Mas ¡qué diferencia entre estas dos mujeres, diferencia que sentía, sobre todo la viuda de Hebert! Uno de los testigos del proceso, Grandpre, declaró que el mismo día del juicio que las condenaba, la viuda de Hebert decía á Lucila: «¡Qué dichosa eres tú; de tí nadie habla mal: no hay sombra en tu conducta; tú saldrás de la vida por la ancha escalera!» De esta suerte se reconciliaban ante el suplicio aquellas mujeres que llevaban nombres eternamente enemigos. Sus esposos se habían odiado á muerte; las viudas deponían sus odios en las gradas del cadalso.

Más ¿qué le importaba á Lucila que se la acusase ó se la defendiese, si ya no tenía en este mundo pretexto para vivir? Que allí estaba su Horacio, bien; pero si era en el ausente en quien ella pensaba. Por el niño velaría su abuela madama Duplessis. Lucila, pensando en Camilo, no hubiese hecho más que llorar sobre la cuna de su hijo. Talmente era este su sentimiento, que se adornó para ir á la muerte como para la boda. Había en esta mujer admirable mucho de la santa exaltación que conduce al martirio.—«La sangre de una mujer, decía, arrojó de Roma á los Tarquinos. ¡Ojalá que la mía derribe también la tiranía!» Así, mientras la viuda de Hebert lloraba, Lucila sonreía. Se había cortado el cabello «por delante y por los lados de la cabeza», nos dice el que la ejecutó, y lo envió á su madre, tal vez con esta carta escrita en el calabozo, corta, pero expresiva:—«¡Adiós, mi

querida mamá. Una lágrima salta de mis ojos; es para tí. Voy á dormirme en la calma de la inocencia!»

Cuando llegó la carreta para llevarse á los condenados, el exgeneral Dillon se acercó á Lucila y la saludó con la cabeza:—«Lamento, le dijo ella entonces, haber sido la causa de la muerte de usted».—Dillon, sonriéndose, respondió que ella no había sido más que el pretexto, y á su vez, empezó á compadecerla; pero Lucila le interrumpió diciéndole:—«Mire y vea si mi cara es la de una mujer que necesite de consuelo». En efecto, estaba radiante. Habíase atado por debajo de la barba un pañuelo blanco, que le cubría el cabello. Su color, un poco pálido, contribuía á realzar sus encantos. «Yo ví á esta joven, dice Tissot en su *Historia de la Revolución*, y guardo de ella una impresión imborrable, en la que el recuerdo de su belleza, de las gracias virginales de su persona, de la dulzura de su mirada, de la melodía de su voz se mezcla á la admiración por su valor y á un doloroso lamento por el fin cruel que la precipitó á la muerte pocos días después que á su marido, sin que lograrse, á lo menos el consuelo de reunirse con él en la misma tumba. Bastárale al *buen diablo* de Camilo, dice Claritie, pronunciar una sola frase en su defensa: «*Soy una niña*». Pero Lucila prefirió levantar la frente y pedir la muerte.—«Los malvados han asesinado al mejor de los hombres, dijo; si yo nó les odiase por esto, les bendiciría por el servicio que me prestan hoy». Entre todas las heroicas mujeres que han muerto en el cadalso, la figura juvenil y sonriente de Lucila se destaca, iluminada por un rayo de alegría; es la esposa que muere por el esposo, la víctima del amor más noble y más santo.

Saludó jovialmente á Dillon con un movimiento de cabeza, como si se despidiese en un salón y hubiese de volver á encontrarle pronto, y luego se acomodó en la segunda carreta, con Grammont-Nourry y su hijo, que fueron reprochándose mutuamente su muerte durante el camino, Lapalu, Lassalle y la viuda de Hebert. Lapalu tenía veintiséis años; Lassalle, veinticuatro. Lucila hablaba con ellos sonriente y sin pena. Grammont-Nourry, hijo, trató en el camino á su padre de malvado, Lucila le reconvino —«Cuéntase, le dijo, que usted insultó á Antonieta marchando al cadalso; esto no me admira, pero debió usted haber guardado un poco de aquella audacia para desafiar á otra reina, la muerte, á la que vamos».—«El hijo Grammont, dice un testigo popular, la contestó con injurias; ella se apartó de él con desprecio».—«¡Viva el rey! gritó Dillon, volviendo á ser en el cadalso lo que había sido en Versalles. Lucila no habló palabra, subió con aire de feliz entereza las gradas del patíbulo, que para ella eran como las gradas de un altar. El pensamiento de que iba á volver á ver á su Camilo llenaba su alma y alimentaba en sus labios una sonrisa de bienaventurada. El verdugo la miró conmovido, á pesar suyo, que es cuanto se puede decir. Apenas se notaba, dijo después, *palidez en su semblante*. La hija de Crenze iba á morir como una mujer romana. Su cabeza de niño revoltoso debió guardar todavía una expresión de profunda alegría y de éstaxis apasionado, cuando brutales manos la arrojaron,

bañada en sangre, en el salvado enrojecido del horrible cesto. Aquella cabeza encantadora caía, después de las de madama Roland y de Carlota Corday, dejando en la Historia un recuerdo de indignación y de horror todavía más profundos. Porque éstas dos habían muerto, la una como un gran hombre, la otra como un héroe; mas Lucila, tan inofensiva y tan dulce, moría, á los veintitrés años, como víctima del amor. En esto se funda, más que en ninguna otra cosa, la condenación de Robespierre, sobre la que no ha de volver jamás la posteridad.

Y cuál será sobre Dantón el juicio de la posteridad? Lavado en adelante del lodo con que por tanto tiempo se ha manchado su memoria, inocente de la venalidad y de los robos de que se le acusaba, ¿se ha lavado también de las manchas de sangre? Dantón ha mostrado con su ejemplo que las más altas y más hermosas cualidades no bastan sin los principios. Amó profundamente á la patria y á la Revolución; pero no advirtió que, siendo la Revolución el derecho, al derecho no se le sirve por medios ilegítimos. Mezcló á la insurrección necesaria del diez de Agosto un acto culpable, el asesinato de Mandat; aceptando el dos de Septiembre, que no había contribuido á promover, levantó, entre él y los girondinos, aquella barrera fatal que todos sus esfuerzos después no pudieron abatir, y por ello se vió arrastrado á ser cómplice de la violación de la Representación nacional en treinta y uno de Mayo y dos de Junio, esperando salvar á las personas mientras sacrificaba los principios. Muchas acciones quedan irremisiblemente condenadas en aquella vida, que fué una larga tempestad; pero reprobando los actos, la posteridad nunca consentirá en rechazar al actor, y el gran Dantón guardará siempre un lugar en el corazón de Francia y en la Historia de la libertad. Su gran error estuvo en olvidar que la personalidad humana es sagrada, y que las ideas nó se destruyen destruyendo los cuerpos. Cuando volvió de este error, era ya tarde para meter en su lecho el torrente desbordado. Entonces pereció por la misma causa que los girondinos, por haber intentado oponer la libertad á un ideal sobrehumano é inhumano, del que los que él llamaba *jansenistas de la República* querían hacer la suprema ley. Solamente le condenarán los que piensen que la piedad, la libertad y la justicia no son virtudes.

Dantón jamás supo odiar. En aquel pecho de atleta latía un corazón, y un gran corazón. Si no lloraba como Camilo, sabía sentir más que él. No menos que Camilo, fué amado durante su vida y después de su muerte. El padre y la madre políticos de Dantón, señores Gely, que habitaron mucho tiempo después la misma casa en que el Tribuno había vivido, contaban á Eugenio Despois, su joven pariente, cómo Dantón vivía y por qué se le amaba. ¡Cuánto distan los exactos informes dados por estos supervivientes, de las supuestas tradiciones que hacían de Dantón un vicioso desenfrenado! La vida del tribuno fué la de un honrado artesano: adoraba á su mujer, su hogar, sus libros; prefería las dulzuras privadas á las públicas grandezas; compasivo y terrible, se le puede compa-

rar á los ríos, cuyos desbordamientos fecundan y cuyas poderosas olas arrastran á los hombres hacia el mar.

«Yo tuve parte en su muerte», repetía á menudo el feroz Billaud-Varenes en los remordimientos de sus últimos días. «Contribuí á ella con un odio terrible. La desgracia de las revoluciones consiste en que obligan á obrar demasiado deprisa. Se trabaja en plena y violenta fiebre, por temor de ver los proyectos abortados... Dantón y sus amigos eran patriotas invencibles en la tribuna y en la acción pública, y nosotros les hemos degollado!»—«Dantón fué un portento de valor y de recursos en el noventa y dos y noventa y tres; á él se debió el diez de Agosto; no quiso nominativamente el poder... ¡Qué de calma y de fecunda y poderosa actividad no tenía aquel hombre en las circunstancias difíciles! ¡Qué amplitud de espíritu! ¡Qué facilidad!»—«Tengo, concluía Billaud, la íntima convicción de que el diez y ocho de Brumario no habría sido posible si Dantón, Robespierre y Camilo hubiesen quedado unidos al pie de la tribunal!»



CAPÍTULO NOVENO

—
Campana de primavera del noventa y cuatro



AMÁS utopista concibiera un socialismo tan cerrado, tan absoluto, como el que puso en práctica el Comité de Salvación pública. En lo moral, hemos visto que mandaba á la guillotina al que se permitía disentir de su parecer; en lo material, arrebatava los hijos á sus padres, los maridos á sus esposas y á los productores las cosechas, para amontonar en las fronteras todas las energías y los recursos todos de la nación. El individuo era sacrificado por completo al Estado. Con semejante sistema, nada tiene de extraño que, en la primavera del noventa y cuatro, Francia tuviera erizadas de bayonetas todas sus fronteras, y se hallase dispuesta á recuperar unos cuantos puntos extremos de su territorio, todavía invadido, y llevar la guerra en el de los invasores. La leva en masa, de la que solamente habían tomado parte en la campaña del noventa y tres los primeros batallones, había dado quinientos mil hombres bien armados, y se hallaban disponibles un millón de fusiles, siete mil cañones y doce millones de libras de pólvora. Aún no se han borrado de la memoria de los franceses los catorce ejércitos de la República, trece de ellos bien cabales, y compuesto el catorce de algunos destacamentos que ocupaban el alto Rhin. Francia consagraba á la guerra toda su riqueza, todos sus hombres, toda su vida. Con razón decían los aliados asustados que tenían delante no un ejército, sino «una nación entera,» armada y disciplinada. Merced al prodigioso esfuerzo de Saint-André, también las fuerzas navales de la República habían aumentado considerablemente, contándose veintiocho navios de

CAPITULO ALFONSO
BIBLIOTECA
ALFONSO